

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN CENA OFRECIDA
A LOS REYES DE ESPAÑA

SANTIAGO, 17 de Octubre de 1990.

Majestades:

Cuando Pedro de Valdivia describió este lugar de América al Emperador Carlos V, le señaló que "esta tierra es tal que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo -dígolo porque es muy llana, sanísima, de mucho contento...que parece la crió Dios aposta para poderlo tener todo a la mano".

Así la vieron los primeros españoles que llegaron hasta aquí. Así la queremos los chilenos. Hoy, después de varios siglos de fértil historia, esta misma tierra acoge, con enorme alegría, a los Reyes de España.

Los vínculos de nuestras Naciones son ciertamente muy profundos. La Corona española fue amada en esta tierra y también combatida. Durante tres siglos fuimos parte del mismo Reino y el soberano, tan lejano y a la vez tan presente, fue para criollos y mestizos el símbolo de la bondad y de la justicia. En el Sur, la gente de la tierra -mapuche- luchó por su autonomía con tal denuedo que suscitó la admiración del conquistador, que con hidalguía cantó por boca de Alonso de Ercilla y Zúñiga las proezas del pueblo Araucano, "tan soberbio, gallardo y belicoso, que no ha sido por rey jamás regido, ni a extraño dominio sometido".

Chile se ha forjado en el esfuerzo y la tenacidad de su gente, desplegados en su territorio movedizo, con la aridez de sus desiertos, sus escarpadas costas y montañas, sus estrechos y

fecundos valles y sus hielos australes.

Los pueblos que lo habitaron desde sus inicios sortearon las dificultades de esta loca geografía para crear las primeras formas culturales, defendiendo siempre con tesón su libertad. Por su parte, quienes cruzaron océanos, cordilleras y desiertos para llegar a este "final de la tierra" y establecer aquí su hogar, proyectaron este Nuevo Mundo con una carga de esperanza y fuerza joven para toda la humanidad.

Los chilenos somos hijos del esfuerzo y de la audacia de dos pueblos libertarios. En sus mejores tradiciones encontramos el fundamento de nuestra propia identidad, construida en el amor a la libertad y el rechazo a la opresión, en el respeto al derecho y el anhelo de justicia, en la primacía de la fe y en la búsqueda del entendimiento.

Fuimos Reino y después hemos sido República. La soberanía popular ocupó el espacio de la legitimidad monárquica. Entonces nos desencontramos con España. En la búsqueda de definir una nueva identidad que parecía incierta, España fue negada como tradición. Sin embargo, aún en esos momentos, se reconoció y profundizó nuestro vínculo más esencial que es la lengua.

Pero ya a comienzos de este siglo, la madre negada fue reconocida como aquella hermana que, en realidad, nunca se había ido. Entonces recorrimos en hermandad los caminos que conducían a nuestros valores comunes. La España peregrina del exilio encontró en Chile su hogar, así como treinta años más tarde el Chile peregrino encontraría el suyo en España. Nuestros gobiernos, es cierto, no se entendieron por largo tiempo. Pero España estuvo siempre en nuestro corazón.

Por eso, cuando Chile ha recuperado su tradición democrática y España ha consolidado la suya en un proceso que los chilenos hemos seguido con admiración, la visita de Vuestras Majestades a nuestro país tiene un hondo contenido. Significa sentar las bases de una nueva colaboración que surge de esos valores comunes y se funda en un marco ético y político que nos convoca a la defensa de los derechos humanos, la convivencia pacífica, el perfeccionamiento de la democracia y la promoción del desarrollo de nuestros pueblos. Significa también que Chile ha logrado, en democracia, su plena reincorporación en la comunidad de las Naciones para hacer en ella su aporte al logro de la justicia y la paz entre los pueblos.

No puedo dejar de manifestar en esta ocasión que la figura del Rey y de sus compatriotas que hicieron posible y tan exitosa la transición en España, dejaron profundas huellas entre nosotros. En la tarea que actualmente enfrentamos, nos sentimos plenamente identificados con la empresa que encabezó Su Majestad al procurar la unidad de su Nación buscando los consensos que permitieran superar el pasado y mirar hacia el futuro, al abrir los cauces a la participación de su pueblo y al promover una nueva relación de España con el resto del mundo, especialmente con la comunidad iberoamericana. La solución de los conflictos y problemas pendientes, partiendo de la realidad y conciliando la afirmación de los valores fundamentales con el coraje y la prudencia, han sido un ejemplo que valoramos en toda su magnitud cuando vivimos tiempos similares, tras los años del autoritarismo. Por ello, vuestra visita nos honra y nos estimula a continuar por la senda que nos hemos trazado.

Al acercarse el fin de este siglo, cuando el mundo se maravilla y convulsiona con una revolución tecnológica de imprevisibles consecuencias, el hombre redescubre el valor de la cultura, de la lengua y de la tierra y basa en ellas las formas más dinámicas de su creación colectiva. El mundo vive un nuevo tiempo de esperanza.

En ese contexto se inserta el proceso que estamos llevando a cabo en Chile.

El camino que hemos escogido es el que se ajusta a nuestra vocación. Los chilenos aprendimos del dolor la necesidad de aunar esfuerzos en torno a los valores fundamentales que conforman el espíritu y la esencia de la democracia, por sobre las diferencias ideológicas que, desplegadas en toda su magnitud, pueden conducir a las peores confrontaciones. El deterioro de nuestra convivencia, el quiebre de nuestras instituciones y los atropellos a la dignidad humana nos hicieron comprender a quienes fuimos adversarios en el pasado que es más lo que nos une que lo que nos separa.

Este ha sido un largo andar que ha ido convocando no sólo a quienes estamos en el gobierno, sino también a quienes apoyaron al régimen anterior y hoy están en la oposición, lo que ha hecho posible lograr acuerdos de trascendencia para avanzar en la consolidación de la democracia y en la solución de los problemas más apremiantes de nuestros conciudadanos. Es éste el espíritu que predomina en el pueblo chileno, que anhela vivir en paz.

Por ello, nuestro primer esfuerzo está dedicado a promover una efectiva reconciliación nacional. Para conseguirlo es preciso cerrar las heridas que aún permanecen abiertas por cruentas situaciones que exigen, esclarecer la verdad y hacer justicia en la medida de lo posible, tarea que a su vez impone la necesidad de armonizar los imperativos éticos con los condicionamientos políticos.

Por otra parte, nuestras Naciones tienen por delante el enorme desafío de impulsar una estrategia de desarrollo que nos permita en democracia, con libertad y justicia social, avanzar en el camino del crecimiento económico, producir en términos competitivos, superar la pobreza e insertarnos con voz propia en la realidad de nuestro mundo contemporáneo.

Estas son las tareas en que estamos empeñados; a ellas hemos convocado a todos los habitantes de nuestro Chile.

Sus Majestades Juan Carlos de Borbón y Reina Sofía:

Desde hace mucho tiempo esta tierra los esperaba. En nombre de los chilenos de hoy y también de los de ayer, los recibimos con regocijo.

Más allá de los vínculos que nos unieron o desunieron en el pasado, Ustedes y nosotros, españoles y chilenos, al nacer hemos aprendido, en la misma lengua, el amor a Dios, a la Patria y a la Libertad. Y comunes ideales nos convocan a construir un destino de prosperidad, justicia y paz para nuestros pueblos.

Señoras y Señores:

Los invito a que, de pie, brindemos por la felicidad de sus Majestades el Rey Juan Carlos y la Reina Sofía, por la Nación española y porque su estadía en nuestra Patria sea placentera y fortalezca la amistad entre España y Chile. ¡Salud!

* * * * *

SANTIAGO, 17 de Octubre de 1990.

MLS/EMS.